

Escuchando al papa Francisco. Perspectiva bioética

Margarita Bofarull Buñuel, RSCJ
Directora de la Pontificia Academia para la Vida,
Ciudad del Vaticano
Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”,
San Salvador

*Al P. Jon de Cortina, S. J.,
por su aportación vivencial a la bioética.*

Acercarnos al papa Francisco desde la perspectiva de la bioética es encontrarnos inmersos en una disciplina que comenzó con Fritz Jahr y Van Rensselaer Potter, en su sentido más original y amplio. Una bioética que es un puente entre las ciencias de la vida, el *bios*, y las humanidades, el *ethos*; y una bioética que es puente en sí misma.

Cronológicamente, la bioética se desarrolló después del concilio Vaticano II. Esta contextualización me parece importante para comprender mejor la bioética del papa Francisco. El concilio fue convocado el 25 de enero de 1962 por el papa Juan XXIII y fue clausurado el 12 de diciembre de 1965 por el papa Pablo VI.

El primer centro universitario dedicado a la bioética en Estados Unidos, el Centro Joseph and Rose Kennedy Institute for the Study of Human Reproduction and Bioethics, en la Universidad de Georgetown (Washington D. C.), más conocido como Kennedy Institute, se creó gracias al impulso del profesor Hellengers, el 1 de julio de 1971.

El concilio hizo un aporte fundamental para el universo ético, que debe proveer a la bioética para cumplir su cometido. La justicia, la no maleficencia, la beneficencia y la autonomía, que configuran el principialismo bioético de la segunda mitad del siglo XX, se encuentran en los documentos de la doctrina social de la Iglesia y en los del concilio. Estos siempre han subrayado el destino

universal de los bienes de la tierra, piedra angular de la justicia y la primacía de la persona sobre la materia y la economía. La *Gaudium et spes* declara que “Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad” (GS 69), y subraya que “Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos” (GS 12). Y en el mensaje a toda la humanidad, el concilio nos recuerda

el papel necesario de la Iglesia en el mundo actual, tanto para denunciar la injusticia y las indignas desigualdades de las clases sociales, como para restablecer un verdadero orden de cosas y de los bienes materiales, con la finalidad de que la vida del hombre sea más humana (Mensaje de los padres del Concilio ecuménico Vaticano II a todos los hombres, 21 de octubre de 1962, núm. 13).

La *Gaudium et spes*, así como los otros documentos conciliares contienen principios, reflexiones, llamadas y afirmaciones que recogen aspiraciones universales de la humanidad, posibilitadoras del diálogo, en un mundo plural e impulsoras del reconocimiento y el respeto a la dignidad humana. Lejos de mirar al mundo y a las ciencias como enemigos, el concilio lanzó a la Iglesia al diálogo, a la búsqueda, a potenciar las posibilidades ofrecidas por nuestro mundo, buscando siempre el bien del género humano.

La ya citada constitución afirma que “Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva” (GS 34). Esta afirmación parece, a primera vista, extraída de una obra como *El principio de responsabilidad*, de Hans Jonas, pero no es así. Se encuentra en la *Gaudium et spes*.

El Vaticano II abrió “las ventanas” de la Iglesia y afirmó con fuerza que “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. No hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1).

El concilio envió a los miembros de la Iglesia a servir al mundo y a la humanidad, a dialogar y a buscar, a practicar la honestidad intelectual, a servir a la justicia y la verdad, a asumir el cuidado integral de la persona y de la creación. Recordemos el “Mensaje a los hombres del pensamiento y de la ciencia”, de Pablo VI, al clausurar el concilio, el 8 de diciembre de 1965:

Un saludo especial para vosotros, los buscadores de la verdad; a vosotros, los hombres del pensamiento y de la ciencia, los exploradores del hombre, del universo y de la historia; a todos vosotros, los peregrinos en marcha hacia la luz, y a todos aquellos que se han parado en el camino, fatigados y decepcionados por una vana búsqueda. [...]

Vuestro camino es el nuestro. Vuestros senderos no son nunca extraños a los nuestros. Somos los amigos de vuestra vocación de investigadores, aliados de vuestras fatigas, admiradores de vuestras conquistas y, si es necesario, consoladores de vuestros desalientos y fracasos.

También, pues, para vosotros tenemos un mensaje, y es éste: Continúad buscando sin cansaros, sin desesperar jamás de la verdad. Recordad la palabra de uno de vuestros grandes amigos, san Agustín: “Busquemos con afán de encontrar y encontraremos con el deseo de buscar aún más”. [...]

Pero no lo olvidéis: si pensar es una gran cosa, pensar ante todo es un deber; desgraciado de aquel que cierra voluntariamente los ojos a la luz. Pensar es también una responsabilidad [...] ¿Cuál es el principio básico para los hombres de ciencia sino esforzarse por pensar bien? Para ello, sin turbar vuestros pasos, sin ofuscar vuestras miradas, queremos ofrecer la luz de nuestra lámpara misteriosa: la fe. El que nos la confió es el Maestro soberano del pensamiento, del cual nosotros somos los humildes discípulos; el único que dijo y pudo decir: “Yo soy la luz del mundo, yo soy el camino y la verdad y la vida”.

Esta palabra se aplica a vosotros. Nunca, quizá, gracias a Dios, ha aparecido tan clara como hoy la posibilidad de un profundo acuerdo entre la verdadera ciencia y la verdadera fe, una y otra al servicio de la única verdad. No impidáis este preciado encuentro. Tened confianza en la fe, esa gran amiga de la inteligencia. Alumbrados en su luz para descubrir la verdad, toda la verdad. Tal es el deseo, el aliento, la esperanza que os expresan, antes de separarse, los padres del mundo entero, reunidos en Roma en concilio.

La invitación, y la exigencia, que, a mi entender, lanzaba el concilio, de diálogo con las ciencias, en un mundo plural, promovió la bioética. Dice el concilio:

La humanidad ha realizado grandes avances en las ciencias positivas, en el campo de la técnica y en la esfera de las artes liberales. Pero en nuestra época ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en

el dominio del mundo material. Siempre, sin embargo, ha buscado y ha encontrado una verdad más profunda. [...]

La naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien [...].

Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no forman hombres más instruidos en esta sabiduría. Debe advertirse a este respecto que muchas naciones económicamente pobres, pero ricas en esta sabiduría, pueden ofrecer a las demás una extraordinaria aportación (GS 15).

Termino esta contextualización, que nos permitirá comprender mejor la aportación del papa Francisco a la bioética, recordando que este es jesuita y que el P. Arrupe (1907-1991), superior general de la Compañía de Jesús, animó, desde sus inicios, el diálogo bioético y la creación del Grupo Internacional de Estudios de Bioética (GIEB), con un estatuto independiente, en el seno de la Federación Internacional de Universidades Católicas.

El papa Francisco parte de la profunda convicción de la irrevocable dignidad de la persona humana, y así nos lo ha expresado en numerosas ocasiones, como, por ejemplo, en su discurso a la XXIV Asamblea General de la Pontificia Academia para la Vida:

La visión global de la bioética, que vosotros os estáis preparando para relanzar en el campo de la ética social y del humanismo planetario [...]. Esta bioética no se moverá a partir de la enfermedad y de la muerte para decidir el sentido de la vida y definir el valor de la persona. Se moverá más bien de la profunda convicción de *la irrevocable dignidad de la persona humana*, así como Dios la ama, dignidad de toda persona, en cada fase y condición de su existencia, en la búsqueda de las formas del amor y del cuidado que deben ser dirigidos a su vulnerabilidad y a su fragilidad (Discurso a la Pontificia Academia para la Vida, XXIV Asamblea, Ciudad del Vaticano, 25 de junio de 2018).

Y en marzo de 2022, el papa nos invitaba a rezar “para que los cristianos, ante los nuevos desafíos de la bioética, promuevan la defensa de la vida, a través de la oración y la acción social”.

Recemos para que podamos *dar una respuesta cristiana a los retos de la bioética*. Evidentemente que la ciencia ha progresado y hoy día la

bioética nos presenta una serie de problemas a los cuales tenemos que responder, no esconder la cabeza como el avestruz.

Las aplicaciones biotecnológicas deben usarse siempre basándose en el respeto de la dignidad humana. Por ejemplo, no se puede tratar a los embriones humanos como material desechable, de descarte. En esta cultura del descarte también entran ellos, no, no se puede, extendiendo así esa cultura que hace tanto daño. O dejar que las ganancias económicas condicionen la investigación biomédica.

Tenemos que comprender los cambios profundos con que se está produciendo con un *discernimiento* aún más profundo, aún más sutil. No se trata de frenar el progreso tecnológico. No, hay que acompañarlo. *Se trata de proteger tanto la dignidad humana como el progreso.* Es decir, no podemos pagar el precio de la dignidad humana por el progreso, no. Ambos van juntos y armónicamente juntos.

Ante los nuevos desafíos que presenta la bioética, recemos para que los cristianos, mediante su oración y su acción social, promuevan la defensa de la vida (Red Mundial de Oración del Papa, marzo de 2022).

La bioética, desde sus inicios, quiso salir del dominio sanitario, Potter la concibió como una “ética global”. El concepto de bioética del papa Francisco profundiza y desarrolla *la bioética global*, al vincularla con las éticas medioambientales y las éticas de la responsabilidad. El papa supera la bioética que tiende a primar una autonomía a ultranza, centrada en lo que podríamos llamar “microproblemas”, de corte muy individualista, y nos introduce en una bioética con un marcado acento de justicia. Asimismo, nos invita a contemplar los grandes problemas actuales de la humanidad con una conciencia clara de la interdependencia de los seres humanos y de las implicaciones de la comunidad humana.

La encíclica *Laudato si'* es un claro exponente de este planteamiento:

Así, en primer lugar, esta *bioética global* será una forma específica de desarrollar la perspectiva de la ecología integral que es propia de la encíclica *Laudato si'*, en la que insistí en estos puntos-fuertes, la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, la convicción de que en el mundo todo está conectado, la crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder que derivan de la tecnología, la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, el valor propio de cada criatura, el sentido humano de la ecología, la necesidad de debates

sinceros y honestos, la grave responsabilidad de la política internacional y local, la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida.

En segundo lugar, en una visión integral de la persona, se trata de articular con creciente claridad todos los vínculos y las diferencias concretas en las que habita la condición humana universal y que nos involucran a partir de nuestro cuerpo [...].

La *bioética global* nos insta, pues, a la sabiduría de un discernimiento profundo y objetivo del valor de la vida personal y comunitaria, que debe preservarse y promoverse incluso en las condiciones más difíciles.

También debemos afirmar con fuerza que, sin el apoyo adecuado de una *proximidad humana responsable*, ninguna regulación puramente jurídica y ningún auxilio técnico podrán, de por sí, garantizar condiciones y contextos relacionales que correspondan a la dignidad de la persona (Discurso a la Pontificia Academia para la Vida, XXIV Asamblea, Ciudad del Vaticano, 25 de junio de 2018).

La *Laudato si'*, entre muchas otras cuestiones, hace una afirmación, para mí muy ilustrativa, de la necesidad de un abordaje integral del *bios* y del *ethos*, en permanente conexión y diálogo: “El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podemos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a las causas que tienen que ver con la degradación humana y social” (LS 48).

La interconexión es evidente. La ética nos invita a cuidar de una forma respetuosa todas nuestras relaciones para progresar humanamente. Muchas veces, los análisis teóricos de la realidad se hacen con una mirada sesgada, que no incluye a los excluidos. De ahí que reciban ese nombre. Es bien sabido que la óptica desde la cual se contempla la realidad, matiza la percepción que de ella se tiene.

El cristianismo ha invitado siempre a seguir a Jesucristo, en su movimiento *kenótico* de abajamiento. Solamente agarrando a la humanidad desde abajo, desde los pobres y excluidos, llegaremos a sociedades justas, humanas y felices. Dice Francisco: “No podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia, en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS 49).

En repetidas ocasiones, el papa insiste en no invisibilizar a los “descartables”. Así, la dignidad de todas las personas es acogida, reconocida y respetada.

En la exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, desde la que podríamos llamar “antropología global”, afirma con rotundidad:

La defensa del inocente que no ha nacido, por ejemplo, debe ser clara, firme y apasionada, porque allí está en juego la dignidad de la vida humana, siempre sagrada, y lo exige el amor a cada persona más allá de su desarrollo. Pero igualmente sagrada es la vida de los pobres que ya han nacido, que se debaten en la miseria, el abandono, la postergación, la trata de personas, la eutanasia encubierta en los enfermos y ancianos privados de atención, las nuevas formas de esclavitud, y en toda forma de descarte. No podemos plantearnos un ideal de santidad que ignore la injusticia de este mundo, donde unos festejan, gastan alegremente y reducen su vida a las novedades del consumo, al mismo tiempo que otros solo miran desde afuera mientras su vida pasa y se acaba miserablemente (*GE* 101).

Los avances en genética nos interrogan. Las nuevas tecnologías aplicadas al mismo ser humano nos permiten hablar de transhumanismo y posthumanismo. Tenemos un gran poder de manipulación sobre la vida humana y sobre el planeta, y a la vez convivimos con grandes retos como el hambre, el sufrimiento y las desigualdades, que tanto afectan a la salud y a la vida de las personas.

Las personas en situaciones de mayor vulnerabilidad cuestionan la justicia. Cuanto mayor es nuestro conocimiento tecno-científico, mayor debe ser nuestra formación ética y humanística. Tenemos un creciente dominio de la creación y, a la vez, constatamos cada día más la necesidad de poner a la persona en el centro y de acompañar nuestro poder con el amor para que este avance sea auténticamente un progreso para toda la humanidad. El papa Francisco nos decía, en la asamblea plenaria del 25 de junio de 2018:

La sabiduría que debe inspirar nuestra actitud en relación con la “ecología humana” está instada a considerar la cualidad ética y espiritual de la vida en todas sus fases. Existe una vida humana concebida, una vida en gestación, una vida que viene a la luz, una vida niña, una vida adolescente, una vida adulta, una vida envejecida y consumida —y existe la vida eterna. Existe una vida que es familia y comunidad, una vida que es invocación y esperanza. Como también existe la vida humana frágil y enferma, la vida herida, ofendida, abatida, marginada, descartada. Es siempre vida humana. Es la vida de las personas humanas, que habitan la tierra creada por Dios y comparten la casa común a todas las criaturas vivientes.

En la formación teológica del jesuita Bergoglio, encontramos una influencia clara de Gaston Fessard, un jesuita francés de la escuela de Lyon-Frouvieu, sobre todo, de su obra *La dialéctica de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*¹. Asimismo, encontramos influencias de los jesuitas De Lubac y Michel de Certau, teólogo, historiador y filósofo, en particular, su prefacio para el Memorial de Pierre Favre². En la “Contemplación para alcanzar amor”, Ignacio de Loyola dice “que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras” (EE 230).

Con este importante poso formativo y desde su experiencia cristiana vital, discernida desde las periferias humanas y existenciales, la bioética del papa Francisco adquiere una luminosidad y una amplitud de miras que le abrirán paso a los rincones más apartados de nuestra cultura. Sabe de la importancia de cambiar las actitudes y de discernir con la mirada y el corazón puestos en aquellos que más sufren o que están en situaciones de mayor vulnerabilidad. Por eso, nos invita a hacerlo desde la *sapientia cordis*:

Quisiera hacerlo en la perspectiva de la *sapientia cordis*, la sabiduría del corazón. 1. Esta sabiduría no es un conocimiento teórico, abstracto, fruto de razonamientos. Antes bien, como la describe Santiago en su carta, es “pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía” (3, 17). Por tanto, es una actitud infundida por el Espíritu Santo en la mente y en el corazón de quien sabe *abrirse al sufrimiento de los hermanos y reconoce en ellos la imagen de Dios* (Mensaje para la 23.^a Jornada mundial del enfermo, Ciudad del Vaticano, 2015).

La bioética del papa es global. Integra y nos saca de nuestras zonas de confort. Nos invita a salir del individualismo y la autorreferencialidad, que amenaza con destruir la fraternidad y la sororidad. Así nos lo ha dicho en su carta *Humana communitas*: “La perspectiva de la bioética global, con su amplia visión y su atención a las repercusiones del medio ambiente en la vida y la salud, constituye una notable oportunidad para profundizar la nueva alianza del evangelio y de la creación” (HC 10).

Su reflexión integradora y amplia impulsa a tomar en cuenta las múltiples interrelaciones que vivimos. Su bioética y su teología son encarnadas:

-
1. G. Fessard, *La Dialectique des Exercices Spirituels de Saint Ignace de Loyola* (Paris, 1956).
 2. M. de Certau, “Le ‘Memorial’ du bienheureux Pierre Favre”, en *École pratique des hautes études, Section des sciences religieuses, Annuaire 1960-1961* (1959), pp. 148-149.

Considerar la salud en sus múltiples dimensiones y a nivel global ayuda a comprender y a asumir responsablemente la interconexión de los fenómenos. Y así se observa mejor cómo también las condiciones de vida, que son el resultado de políticas, sociales y medioambientales, tienen un impacto en la salud de los seres humanos. Si examinamos la esperanza de vida —y de vida saludable— en diferentes países y en diferentes grupos sociales, descubrimos grandes desigualdades (Mensaje a la Pontificia Academia para la Vida, Ciudad del Vaticano, 27 de septiembre de 2021).

Y en el discurso a los participantes en la asamblea plenaria de 2018, nos dijo:

en una visión holística de la persona, se trata de articular cada vez con mayor claridad todas las uniones y las diferencias concretas en las que habita la universal condición humana y que nos implican a partir de nuestro cuerpo. De hecho, “nuestro propio cuerpo nos sitúa en una relación directa con el ambiente y con los demás seres vivientes. La aceptación del propio cuerpo como don de Dios es necesaria para acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común, mientras una lógica de dominio sobre el propio cuerpo se transforma en una lógica a veces sutil de dominio sobre la creación. Aprender a recibir el propio cuerpo, a cuidarlo y a respetar sus significados es esencial para una verdadera ecología humana. También la valoración del propio cuerpo en su femineidad o masculinidad es necesaria para reconocerse a sí mismo en el encuentro con el diferente” (LS 155).

En ese mismo discurso, el papa nos invitó a situarnos desde una *antropología global*:

En los textos y en las enseñanzas de la formación cristiana y eclesial, estos temas de la ética y de la vida humana deberán encontrar una colocación adecuada en el ámbito de una antropología global y no ser confinados entre las cuestiones límites de la moral y el derecho. Una conversión a la centralidad actual de la ecología humana integral, es decir, de una comprensión armónica y global de la condición humana, que espero encontréis en vuestro compromiso intelectual, civil y religioso, válido soporte y entonación propositiva.

La bioética global nos incita, por lo tanto, a la sabiduría de un profundo y objetivo discernimiento del valor de la vida personal y comunitaria, que debe ser custodiado y promovido también en las condiciones más difíciles. Debemos afirmar con fuerza que, sin el adecuado sostén de una proximidad humana responsable, ninguna regla puramente jurídica

y ningún auxilio técnico podrán, por sí solos, garantizar condiciones y contextos relacionales correspondientes a la dignidad de la persona. La perspectiva de una globalización que, dejada solamente a su dinámica espontánea, tiende a aumentar y profundizar las desigualdades, pide una respuesta ética a favor de la justicia. La atención a los factores sociales, económicos, culturales y ambientales que determinan la salud entra en este compromiso y se convierte en una forma concreta de hacer realidad el derecho de cada pueblo a “la participación, sobre la base de la igualdad y de la solidaridad, de los bienes que están destinados a todos los hombres” (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis* 21).

La ciencia, ya en el siglo XX, se tornó básicamente tecno-ciencia. No podemos dialogar ya con un “bios” neutro, sino modificado por la acción humana, con lo que conlleva de responsabilidad ética. “Lo que puedo hacer” va siempre acompañado de la responsabilidad de “lo que debo hacer”.

La distinción entre ciencia y técnica es cuestionada por la interconexión entre las ciencias naturales y la tecnología, la cual se manifiesta tanto en la tecnificación de la ciencia como en la cientificación de la técnica. La nueva ciencia es, sobre todo, ciencia tecnológica. La ciencia teórica se podría presentar como inocente, mientras que la tecno-ciencia es esencialmente beligerante, porque siempre será modificadora de la realidad. La técnica constituye una mediación esencial para relacionarse científicamente con la realidad.

Como bien describió el filósofo Jacques Ellul, el sistema técnico, la tecno-ciencia, es autónoma, es decir, es ella misma la que tiende a regularse y a imponer sus exigencias. La tecno-ciencia ya no está siempre en manos de la persona, sino que vivimos inmersos en su seno, muchas veces sin tener conciencia de ello, y, por eso mismo, podemos terminar esclavizados por ella. La tecno-ciencia, en todos sus campos de aplicación, con el poder que nos otorga, nos remite constantemente a nuestra responsabilidad ética.

Francisco, en la carta *Humana communitas*, subraya la necesidad de orientar las nuevas tecnologías hacia el servicio de la persona humana, respetando y promoviendo su dignidad intrínseca:

Otro frente en el que hay que profundizar la reflexión es el de las nuevas tecnologías hoy definidas como “emergentes y convergentes”. Se trata de las tecnologías de la información y de la comunicación, las biotecnologías, las nanotecnologías y la robótica. Hoy es posible intervenir con mucha profundidad en la materia viva utilizando los resultados obtenidos por la física, la genética y la neurociencia, así como por la capacidad de cálculo de máquinas cada vez más potentes. También el cuerpo humano

es susceptible de intervenciones tales que pueden modificar no solo sus funciones y prestaciones, sino también sus modos de relación, a nivel personal y social, exponiéndolo cada vez más a la lógica del mercado. Ante todo, es necesario comprender los cambios profundos que se anuncian en estas nuevas fronteras, con el fin de identificar cómo orientarlas hacia el servicio de la persona humana, respetando y promoviendo su dignidad intrínseca. Una tarea muy exigente, que requiere un discernimiento aún más atento de lo habitual, a causa de la complejidad e incertidumbre de los posibles desarrollos (HC 12).

Y en su discurso a la Pontificia Academia para la Vida de 2020, año en el cual esta firmó la *Rome Call for AI Ethics*, nos dijo:

la profundidad y la aceleración de las transformaciones de la era digital plantean problemas inesperados que imponen nuevas condiciones al *ethos* individual y colectivo. Ciertamente, la *Call* (el llamamiento) que habéis firmado hoy, es un paso importante en esta dirección, con las tres coordenadas fundamentales para caminar: la ética, la educación y el derecho (Ciudad del Vaticano, 28 de febrero de 2020).

Otro claro exponente de la bioética global de Francisco lo encontramos en la *Fratelli tutti*. En esta encíclica, el papa nos propone un nuevo paradigma de relaciones desde la fraternidad, la sororidad y la amistad social.

Hoy existe la convicción de que, además de los desarrollos científicos especializados, es necesaria la comunicación entre disciplinas, puesto que la realidad es una, aunque pueda ser abordada desde distintas perspectivas y con diferentes metodologías. No se debe soslayar el riesgo de que un avance científico sea considerado el único abordaje posible para comprender algún aspecto de la vida, de la sociedad y del mundo (FT 204).

Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: “He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante” (FT 8).

Si todo está conectado, es difícil pensar que este desastre mundial no tenga relación con nuestro modo de enfrentar la realidad, pretendiendo ser señores absolutos de la propia vida y de todo lo que existe (FT 34).

[N]adie puede experimentar el valor de vivir sin rostros concretos a quiénes amar. Aquí hay un secreto de la verdadera existencia humana, porque “la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer solo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte” (FT 87).

En su mensaje para la XXVII Jornada mundial del enfermo de 2019, Francisco nos recuerda la indigencia ontológica del ser humano y la necesidad de la responsabilidad para salvaguardar este bien individual y comunitario que es la vida:

Cada hombre es pobre, necesitado e indigente. Cuando nacemos, necesitamos para vivir los cuidados de nuestros padres, y así en cada fase y etapa de la vida, nunca podremos liberarnos completamente de la necesidad y de la ayuda de los demás, nunca podremos arrancarnos del límite de la impotencia ante alguien o algo.

También esta es una condición que *caracteriza nuestro ser “criaturas”*. El justo reconocimiento de esta verdad nos invita a *permanecer humildes* y a practicar con decisión la *solidaridad*, en cuanto virtud indispensable de la existencia.

Esta conciencia nos impulsa a *actuar con responsabilidad y a responsabilizar a otros*, en vista de *un bien que es indisolublemente personal y común*. Solo cuando el hombre se concibe a sí mismo no como un mundo aparte, sino como alguien que, por naturaleza, está ligado a todos los demás, a los que originariamente siente como “hermanos”, es posible una praxis social solidaria orientada al bien común. *No hemos de temer reconocernos como necesitados e incapaces de procurarnos todo lo que nos hace falta*, porque solos y con nuestras fuerzas no podemos superar todos los límites. No temamos reconocer esto, porque Dios mismo, en Jesús, se ha inclinado (cf. Flp 2,8) y se inclina sobre nosotros y sobre nuestra pobreza para ayudarnos y regalarnos aquellos bienes que por nosotros mismos nunca podríamos tener.

En concordancia con su vida y sus enseñanzas, me atrevo a calificar la propuesta de Francisco como la “*bioética de la misericordia*”. Su bioética nos invita a “no quebrar la caña cascada y a no apagar el pábilo vacilante” (Is 42,3). Si bien el estimado profesor Edmund Pellegrino enriqueció la bioética con su ética de las virtudes, el papa, a mi entender, da un paso más con su bioética de la misericordia. “En efecto, la crisis pandémica ha hecho resonar con más fuerza

‘el clamor de la tierra como el clamor de los pobres’ (LS 49). No podemos hacer oídos sordos a este doble clamor, debemos escucharlo bien” (Asamblea plenaria de la Pontificia Academia para la Vida, Ciudad del Vaticano, 27 de septiembre de 2021).

Dice san Agustín en su sermón 358 que “La misericordia trae su nombre del dolor por un miserable: la palabra incluye otras dos: *miseria* y *cor*, miseria y corazón. Se habla de misericordia cuando la miseria ajena toca y sacude tu corazón”. La bioética del papa Francisco es una invitación constante para que la miseria ajena toque nuestros corazones y para que pongamos nuestro empeño en trabajar por unas sociedades más justas, más conformes al reino de Dios, donde cada persona sea reconocida en su dignidad ontológica y donde los más pobres y los que están en situaciones de especial vulnerabilidad sean tratados como auténticos hermanos. Una ética de la vida que nos permita transitar con amor y ternura, cuidando todas las dimensiones que nos configuran.

Solo el amor transformará y ampliará nuestra mirada de manera que podamos avanzar como humanidad, sin dejar excluidos en los márgenes. La bioética nos puede ayudar a ser más expertos en humanidad y, por tanto, más cuidadosos con todas las relaciones que nos constituyen. El papa nos interpela en esta dirección:

Ser miembros del único género humano exige un enfoque global y nos pide a todos que abordemos las cuestiones que surgen en el diálogo entre las diferentes culturas y sociedades, que están cada vez más estrechamente relacionadas en el mundo de hoy. Ojalá la Academia para la Vida sea un lugar lleno de valentía de esta interacción y este diálogo al servicio del bien de todos. No tengan miedo de elaborar argumentos y lenguajes que puedan ser utilizados en un diálogo intercultural e interreligioso, así como interdisciplinar (HC 11).

Que la ciencia y la conciencia se abracen en el quehacer bioético, que nuestra tarea bioética sea una manifestación del amor misericordioso de Dios.

San Salvador, 15 de noviembre de 2022.